

CONCLUSION.

HÉ aquí la *verdadera historia* de la conquista de México. Téngola por tal, por haberla escrito un misionero hombre de bien, sincero, ilustrado, amigo de la verdad, independiente del mundo por su estado religioso, y tan sencillo y veráz, que por solo esta cualidad fueron sus escritos condenados al olvido por el gobierno de Felipe II para que jamas atestiguasen contra la crueldad de los conquistadores; en fin, autor coetaneo á los hechos que refiere, que dedicado por una larga série de años á la penosa tarea de escribir, observa con mucha curiosidad y esactitud sin par, cuanto merecia ser asunto de su historia, y ademas los usos, costumbres, ritos y teogonia de los indios para dirigir sus conciencias en el confesonario, y tambien posee su idioma á maravilla hasta formar un Calepino que facilitase á sus hermanos misioneros la inteligencia de la lengua del país. ¿Quién, por tanto, osará negarle el asenso á cuanto nos ha referido, sin hacer traicion á la justicia? Ninguno ciertamente.

Uno de los principales motivos que he tenido para glosar esta historia, presentándola en su verdadero punto de vista, ha sido el alto desprecio con que he visto tratar á los antiguos indios mexicanos, teniéndolos por una horde de bestias, y á su monarca por un estúpido y cobarde, por no haber opuesto una vigorosa resistencia á los castellanos tan luego como se presentaron en la costa; pues con solo prohibir que se les ministrasen víveres, habrian perecido al rigor del hambre y

del clima dañino, ó reembarcándose para Cuba de donde salieron; obrando en sentido contrario, pues los obsequió y regaló con el oro, en cuya demanda venian, les puso con esto espuela para que penetrasen hasta la córte. Mas los que así piensan, se olvidan del poderoso influjo que tienen las preocupaciones de los pueblos, y que muchas veces ellas solas bastan para que consumen su ruina. La historia nos comprueba esta verdad. Alejandro marchó á Gordio en Frigia, y se supo aprovechar de una superstición creida generalmente en aquella tierra. El imperio de la Asia estaba prometido al que desatase el complicado nudo con que el yugo y collares de los caballos estaban atados al pértigo de un carro de guerra. Alejandro por un diestro ardid, se cree que cortándolo desataba el nudo, sin dejar tiempo á los gordianos para saber como lo habia ejecutado. Esta pronta resolucion, y la presencia de su ejército, contribuyó á que los habitantes lo creyesen instrumento de los designios de Dios, y se le sometieron sin resistencia.

Por cosa rara se cuenta de un general romano, que viendo que los *pollos sagrados* no comian con afán los granos que se les daban antes de dar una batalla, para averiguar si deberia ó no darla, viendo que por esta circunstancia perdía la ocasion de atacar al enemigo con ventaja, haciéndose superior á este augurio, los arrojó á un rio diciendo: *Si no quieren comer, querrán beber*, dió la accion y obtuvo la victoria. Semejante superioridad de ánimo sobre las preocupaciones religiosas, ha sido dada á poquísimos hombres, y aun en nuestros dias hemos visto convertido en *fatalista* al gigante de la Europa, consultar con el mentido *libro de los destinos*, y guiarse por sus oráculos, á pesar de la sabiduría de su siglo, y de su talento ilustrado. ¿Qué hay, pues, que censurar en la conducta de Moctezuma, cuando de sus mayores habia aprendido, que los emperadores de México solo eran unos lugar tenientes de Quetzalcoatl, á quien deberian devolver el imperio cuando se presentase á recobrarlo viniendo del Oriente, cuando habian prece-

dido señales espantosas de la próxima conclusion de su reinado, cuando esta se la habia predicho el sabio rey de Texcoco, ganándole un partido á la pelota, cuyo juego ignoraba dicho rey, cuando Moctheuzoma era conocidamente religioso observante de sus leyes, sóbrio y moderado, no menos que prudente, como lo confiesan los mismos escritores españoles (*). Efectivamente, el tuvo á gran dicha que en sus dias se cumpliese el oráculo, y suspiraba por la venida de este dios anunciado, cual desearan las naciones de la época de Augusto, principalmente la hebréa por la venida de un Mesías que les trajese toda clase de ventura, y el recobro de su independencia de los romanos. Hé aquí la causa por que muchas veces he deplorado el fanatismo y supersticion asociado á los tronos, porque indefectiblemente causa la ruina de los imperios. Téme que la misma causa lo sea, si no de la destruccion, á lo menos de la mengua del imperio celeste de la China, si acaso es cierto que aquella nacion presume por sus oráculos (como se asegura) que los bárbaros (†) llegarán un dia á dominarlo, y por lo que tambien se cuenta que están agitados de temor viéndose hoy invadidos por los ingleses.

Cierto es que Moctheuzoma en breve recibió el desengaño de su error, pues notó que las acciones de Cortés no correspondian á las de una divinidad benéfica, sino á las de un agresor inmoral, que venia cometiendo desmanes escandalosos con la horde que acaudillaba; pero ya era tarde, y no podia volver sobre pasos, ni oponerle una justa resistencia. Cuando así lo intentó, ya la fama de Cortés habia volado por todo el imperio; sus vasallos rebeldes habian encontrado en él un apoyo para substraerse de su obediencia; los Totonacos, los Zempoales, y despues los Tlaxcaltecas se le habian confederado; semejante á un pequeño rio que recibe en su cauce diversos arroyos, al llegar á México era como un brazo de mar, pues á su tránsito por los pueblos se le habian unido y aumentado su or-

(*) Herrera, que es el príncipe de ellos.

(†) Así llaman á las naciones cultas de Europa.

gullo y poderío para disponer á su llegada á México de la suerte del imperio mexicano. Ved aquí al monarca atado de manos, y precisado á tener esa condescendencia que se ha calificado injustamente de *cobardía*.

Por la ignorancia de nuestra historia, ó sea, por la bondad genial de los mexicanos, se les ha creido débiles y afeminados; dándose por cosa hecha su sumision á alguna potencia de Europa que se presente con una regular espedicion. ¡Mas cuanto se han equivocado, los que en tal piensan!..... México defendió su independencia palmo á palmo, mostró la misma energía que el pueblo mas amante de ella, y cual la pudo defender la España en la guerra de cinco años contra los franceses. No fué por cierto Hernan Cortés el que sometió á los mexicanos, no, fueron los *cientos cincuenta mil indios auxiliares* reunidos á su ejercito, y que pelearon apoyados en armas superiores, y desconocidas. El pendon castellano no flameó sobre los escombros y ruinas de esta capital, sino cuando cien mil tlaxcaltecas zapadores habian arruinado hasta los cimientos la mayor parte de sus edificios. Combatieron por espacio de setenta y cinco dias asediados por agua y tierra, pelearon con gloria, derrotando dentro de la ciudad hasta por tercera vez á los españoles, prendiendo al mismo Cortés, á quien conservaron vivo, por tener el placer de inmolarlo en el *tajon de Vitzilopuchtlí*: lucharon al mismo tiempo con la ruda naturaleza, es decir, con la epidemia de viruelas, que les arrebató á mucha parte de su poblacion, y á uno de los mas valientes de sus reyes. La ruina y asedio de México, con razon lo ha comparado Torquemada y Bernal Diaz con la de Jerusalem, y aun cree que la ha escedido. En fin, este pueblo heroico hizo cuanto debia el mas valiente del mundo en defensa de sus derechos. Ténganlo así presente los que hoy pretendan subyugarlo segunda vez; entiendan que el espíritu de aquellos ilustres defensores, se ha transmitido á sus descendientes, y que así lo han acreditado en la guerra pasada que les proporcionó su emancipacion. Podrán (repito) llegar espediciones de Eu-

ropa, podrán penetrar hasta lo interior de la república; pero cierto que no regresarán á los puntos de donde partieron. Bien puedo decirles con el poeta *Fontanes*.

¡Otros los tiempos son, su esfuerzo es vano!

Su duro cetro rompese en su mano ()*.

¡Plega al cielo darles en tales circunstancias un caudillo (que hoy no tienen) que corresponda á sus esperanzas, que sostenga con dignidad el honor de la nacion; que conozca la alteza del puesto que ocupa, y que con hechos heróicos borre de la historia de nuestros últimos tiempos la decidia, la apatía, la ineptitud y el egoismo con que hemos visto deturpar el nombre mexicano, y cuyo recuerdo nos saca lágrimas, así como la desgraciada suerte del ilustre monarca, cuya historia hemos referido!!

¡Mexicanos! Yo os convido á que visiteis conmigo las ruinas del antiguo Tlaltelolco sobre las que todavía pisamos los fragmentos de las macanas cortadoras con que en aquella aréa, sepulcro de millares de indios valientes, se peleó por la libertad de nuestra patria. El lúgubre tañido de una campana tan antigua como la torre gótica, unico monumento que allí se presenta erigido por la piedad de los primeros misioneros, y en cuya construccion tuvo una parte activa el bendito P. Sahagun, me recuerda su grata memoria. Yo me figuro ver á sus sombras caras asociadas con la de Alvarado que giran en derredor de aquellas tumbas, y que recon viniéndole amargamente á este perverso, le dicen. . . . ¡Bárbaro! He aquí tu obra. . . . Este inmenso cementerio abriga los huesos de millares de valientes, de sus esposas é hijos que aguardan el herido grito de la resurreccion universal, para presentarse al Supremo Juez, y pedir venganza contra tí. Nosotros (le dirán) estábamos dispuestos á recibir una religion de paz que llenára nuestros corazos-

(*) *Bien persuadido de esta verdad, Voltaire, decia.*

El fiero americano

En su simplicidad,

Nos iguala en valor,

Nos excede en bondad.

nes de esperanza y consuelos, y por la que nos libramos de ser inmolados en las aras de nuestros númenes, si fuéramos prisioneros en la guerra; pero tu ambicion, avaricia y crueldad, lanzándose sobre nosotros á sangre fria por despojarnos de nuestras joyas, nos provocaron á una justa venganza, hasta inmolarnos con gloria en este sitio. Por tí ha corrido á torrentes nuestra sangre, perpetuándose han nuestras desdichas hasta los tristes restos de nuestra indígena generacion presente! ¡O vosotros los que cantais hoy en la Europa las glorias de Cortés, suspended vuestros acentos de alegría! ¡transportaos con la imaginacion á este lugar luctuoso, y escuchad los tristes ayes de los que despues de tres siglos, todavía son víctimas de la ambicion de aquel afortunado general! ¡Quiera el cielo, compatriotas, que el recuerdo de tamaños males os haga marchar por la senda de la justicia y del orden, para que no se repita entre vosotros la dolorosa escena del 13 de Agosto de 1521, y que no selleis para siempre en este mismo campo por segunda vez vuestra esclavitud é ignominia!

Carlos María de Bustamante.

